# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11361

**PRECIOS DE SUSCRIPCION**

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

**REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24**

MARTES 19 DE SEPTIEMBRE DE 1899

**CONDICIONES**

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Consultorio Médico.—Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepático y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido


# LAS ECONOMÍAS

Constituyen en el presente momento el caballo de batalla y con ellas y contra ellas estan cada uno de los dos bandos que juegan en la lucha.

Contra ellas está, al parecer, sólo, el ministro de la Guerra. Con ella están los demas ministros, las oposiciones parlamentarias y todo el país.

Pero si los partidarios de las economías están unánimes en que se hagan, no lo están en cuanto á su cuantía y alcance. Dominan, son los más y ganarán la batalla por el número; pero estan divididos en grupos y en fuerza de ser numerosos resultan microscópicos.

Hay quien pide que se hagan tantos millones de economías, es decir que se fije un presupuesto de ingresos y que se reparta entre los gastos.

Eso es empírico y muy propenso á equivocaciones lamentables que pueden venir en daño de los contribuyentes ó resentir los servicios públicos

¿Como puede fijarse el presupuesto de ingresos sin conocer el de gastos? Con éste á la vista se puede estudiar el modo de simplificar las necesidades para que cuesten menos. Sin tenerlo, solo pueden darse palos de ciego.

Hay quien es partidario de que se debe rebajar un tanto por ciento fijo en cada departamento ministerial.

Hace mucho tiempo, mandando el Sr. Cánovas, el país manifestó decidida voluntad por las economías. Los diputados, sin distinción de colores políticos, se pusieron al lado del país y el ministro de Hacienda de aquel entonces no tuvo más remedio que retirar su obra económica para arreglarla conforme á las manifestaciones hechas por los diputados y á los ofrecimientos que en vista de la unanimidad de deseos hizo el Sr. Cánovas.

Los presupuestos se arreglaron de una manera espédita sin calentamientos de cabeza. El ministro y la comisión de presupuestos llamaron á los partidarios de las economías y después de conferenciar largamente, acordaron rebajar en cada departamento el 20 por 100 de los gastos.

Las economías no deben hacerse de ese modo porque no en todos los ministerios pueden realizarse con idéntica intensidad. Tampoco debe ponerse tipo porque no se trata de comprar un cesto de frutas que admite el regateo.

Lo primero que se necesita para realizar las economías es calcular los servicios públicos verdaderamente necesarios, prescindiendo de los que son de lujo. Con el presupuesto de gastos así obtenido resultarán verdad las economías que arroje el cálculo sobre el papel. Pero si se fijan de antemano y se dan como pié forzado del presupuesto, las economías se convertirán en trampas al fin del ejercicio y los servicios públicos dejarán muchísimo que desear.

Hay que hacer economías, pero con orden

## MUJER EN AGRAZ

Diez años escasos Carlota tenía,
la niña hechicera de dulce mirar,
amor de sus padres, su luz, su alegría,
precioso capullo que adorna su hogar.

Los ojos azules, un trozo de cielo,
los labios del rojo que tiene el coral,
cual oro en madejas de rubio es su pelo
que en rizos circunda la faz celestial.

Bosquejo imperfecto que no la retrata
pues fuera preciso para ello tener
papel de zafiro con tinta de plata,
y aún pobre la imagen hubiera de ser.

Juanín era un mozo de edad de la niña,
nervudos los brazos, tostada la tez,
audaz en sus juegos, valiente en la riña,
mostrando en sus actos precoz madurez.

Y el chico á Carlota miraba extasiado
cual mira el creyente la cruz del altar,
sintiendo alternaban, si estaba á su lado,
la risa gozosa y afán de llorar

Carlota, sabiendo como era querida,
á Juan le trataba con dura acritud,
que apenas entraron del mundo en la vida
ya olvidan mujeres lo que es gratitud.

Las flores más bellas, las más olorosas,
que viera, esmaltaban su lindo jardín,
clavelos y nardos, jazmines y rosas,
constante á Carlota llevaba Juanín.

La niña, no haciendo de aquellas aprecio,
las iba estrujando con un ademán
que claro mostraba desdén y desprecio;
dejando empañarse los ojos de Juan.

—¿Por qué así mis flores arrugas y tiras?—
la dijo el chiquelo, rompiendo á llorar.
—¿No ves que tan solo por ver si las miras
te traigo las rosas que acabas de ajar?

Las corto de plantas que solo yo cuido,
las podo y las riego por ser para tí.
—Pues, hijo, lo siento; trabajo perdido,
las flores que quiero no tienes allí.—

Y al día siguiente, Juanín á Carlota
un ramo divino cual siempre llevaba;
mas ella, al mirarlo, se asusta, pues nota
que á Juan de una mano la sangre brotaba.

—¿Qué es eso? —No es nada. Subíme al [castillo,
por ver si te gustan, las flores robé,
y al ir á escaparme por el tejadillo,
la mano en las piedras un poco rocé.

Y entonces Carlota, los brazos amantes
al cuello del niño graciosa ciñó,
y el rostro encendido, los ojos brillantes,
sus labios rosáceos con ansia besó.

G. F.

# UN ARTÍCULO DE ZOLA

Es tal la resonancia que ha tenido en el mundo entero el artículo publicado por Emilio Zola en el periódico «La Aurora» acerca de la nueva condena de Dreyfus que no podemos resistir la tentación de publicarlo, seguros de que lo han de leer con gusto nuestros lectores:

Hélo aquí:

## EL QUINTO ACTO

Estoy espantado. Y no es ya la cólera, la indignación vengadora, la necesidad de pregonar el crimen, de pedir su castigo en nombre de la verdad y de la justicia; es el espanto, el terror sagrado del hombre que ve lo imposible realizarse, los rios remontar hacia sus fuentes, la tierra volcar bajo el sol. Y lo que yo pregono es la extrema miseria de nuestra noble y generosa Francia, es el terror del abismo al que ella rueda.

Nos habíamos imaginado que el proceso de Rennes era el quinto acto de la terrible trajedia que vivimos desde pronto hará dos años. Todas las peripecias peligrosas nos parecían agotadas, se creía ir hacia un desenlace de apaciguamientos y de concordia. Después de la dolorosa batalla, hacíase inevitable la victoria del derecho, la pieza debía terminar ventúrosamente por el triunfo clásico del inocente. Y he aquí que nos hemos engañado, aparece una nueva peripecia, la más inesperada, la más horrorosa de todas, ensombreciendo aún el drama, prolongándolo y lanzándolo hacia un fin ignorado, delante del cual nuestra razón se turba y desfallece.

El proceso de Rennes no era definitivamente más que el cuarto acto. Y ¡gran Dios! ¿cual será el quinto, de qué dolores y de qué sufrimientos nuevos va á estar pues, hecho, á que expiación nueva va á lanzar la nación? Pues, ¿no es esto? es bien cierto que el inocente no puede ser condenado dos veces, y que tal desenlace apagaría el sol y sublevaría á los pueblos.

¡Ah! este cuarto acto, este proceso de Rennes, en que la agonía moral me ha hecho vivir en el fondo de la completa soledad en que me había refugiado para desaparecer de la es[redacted] ciudadano deseoso de no ser más ocasión de pasión y de turbulencias! ¡Con que opresión de corazón yo aguardaba las noticias, las cartas, los periódicos, y que indignación al leerlos! Los días de este admirable mes de Agosto se hacían negros, y jamás he sentido la sombra y el frío de un duelo tan horroroso, bajo cielos más resplandecientes.

Ciertamente, desde hace dos años no me han faltado sufrimientos. Yo he oido á las turbas aullar á muerte tras mis talones, yo he visto pasar á mis piés un inmundo desbarajuste de ultrajes y amenazas, yo he conocido durante once meses las desesperaciones del destierro. Y he habido también mis dos procesos, espectáculos lamentables de villanía y de iniquidad. ¿Pero que son mis procesos al lado del proceso de Rennes? Idilios, escenas consoladoras en las que florece la esperanza. Bien habíamos asistido á monstruosidades, las persecuciones contra el coronel Picquart, la información sobre la Cámara criminal, la ley que de ella ha resultado. Todo eso no es más que puerilidad; la inevitable progresión ha seguido su curso; el proceso de Rennes se despliega en la cima, enorme, como la flor abominable de todos los estercoleros amontonados.

Se habrá visto allí el más extraordinario conjunto de atentados contra la verdad y contra la justicia. Una banda de testigos dirigiendo los debates, concertándose cada tarde para la sombría emboscada de mañana, requiriendo á los golpes de mentiras en el lugar y sitio del ministerio público, aterrorizando é insultando á sus contradictores, imponiéndose por la insolencia de sus galones y sus penachos. Un tribunal presa de esta invasión de jefes, sufriendo visiblemente de verles en criminal postura, obedeciendo á toda una mentalidad especial que sería preciso descomponer muy detenidamente para juzgar á los jueces. Un ministerio público grotesco, haciendo retroceder los límites de la imbecilidad, dejando á los historiadores de mañana una requisitoria cuya variedad estúpida y mortífera será un eterno estupor de una tal crueldad servil y testaruda, que aparece inconsciente, nacida de un animal humano no clasificado todavía. Una defensa á la que se intenta primero asesinar, y á la que después se obliga á sentarse cada vez que estorba, á la cual en fin se la rehusa el aportar la prueba decisiva, cuando reclama los solos testigos que saben.

Y durante un mes la abominación ha durado delante del inocente, este desventurado Dreyfus, cuyo aspecto físico haría llorar á las piedras; y sus antiguos camaradas han venido aún á darle un puntapié, y sus antiguos jefes han venido á aplastarle con sus grados, para librarse ellos mismos del presidio, y no ha habido un grito de piedad, un arranque de generosidad en aquellas villanas almas. ¡Y es nuestra dulce Francia, la que ha dado ese espectáculo al mundo!

Cuando se halla publicado la memoria in extenso del proceso de Rennes, no existirá un monumento más execrable de la infamia humana. Esto excede á todo, jamás documento más malvado habrá sido facilitado á la historia. La ignorancia, la tontería, la crueldad, la mentira, el crimen, se exhiben en él con una imprudencia tal, que las generaciones de mañana se estremecerán de vergüenza. Hay en él confesiones de nuestra bajeza de las que la humanidad entera se sonrojará. Y es esto ciertamente lo que motiva mi espanto, porque para que un tal proceso haya podido producirse en una nación, para que una nación entregue al mundo civilizado una tal consulta sobre su estado moral é intelectual, es preciso que ella atraviese una horrible crisis. ¿Está pues la muerte próxima? ¿Y qué baño de bondad, de pureza, de equidad, nos salvará del lodo envenenado en que agonizamos?

Como escribía en mi carta al presidente de la República, después de la escandalosa absolución de Esterhazy, es imposible que un Consejo de Guerra deshaga lo que ha hecho otro Consejo de Guerra. Esto es contrario á la disciplina. Y el fallo del Consejo de Guerra de Rennes, en su embarazo jesuítico, ese fallo que no tiene el valor de decir si ó no, es la prueba brillante de que la justicia militar es impotente para ser justa, puesto que no es libre, puesto que se niega á la evidencia; hasta condenar de nuevo á un inocente, antes que poner en duda su infalibilidad. No aparece más que como un arma de ejecución en la mano de los jefes. De hoy más solo habrá ser una justicia expeditiva en tiempo de guerra. Ella debe desaparecer en tiempo de paz, desde el momento en que es incapaz de equidad, de simple lógica y de buen sentido. Ella misma se ha condenado.

¿Se reflexiona en esta situación atroz que se nos ha creado entre las naciones civilizadas? Un primer Consejo de Guerra engañado en su ignorancia de las leyes, en su torpeza para juzgar, condena á un inocente. Un segundo Consejo de Guerra, que ha podido ser engañado aún por el más impudente complot de mentiras y de fraudes, absuelve á un culpable. Un tercer Consejo de Guerra, cuando la luz está hecha, cuando la más alta magistratura del país quiere dejarle la gloria de reparar el error, ose negar en pleno día y de nuevo condena al inocente. Esto es lo irreparable, el crimen supremo ha sido cometido. A Jesús se le había condenado solo una vez. Pero que todo se derrumbe, que la Francia sea presa de las facciones, que la patria abrasada se sepulte en los escombros, que el mismo ejército deje allí su honor, antes que confesar que los camaradas se han engañado y que los jefes han podido ser embustoros y falsarios! La idea será crucificada, el sable debe quedar rey.

Y henos aquí, ante la Europa, ante el mundo, en esta bella situación. El mundo entero está convencido de la inocencia de Dreyfus. Si una duda hubiese quedado en algún pueblo lejano, el brillo deslumbrador del proceso de Rennes habría acabado de llevar á ella la luz. Todas las cortes de las grandes potencias nuestras vecinas están informadas, conocen los documentos, tienen la prueba de la indignidad de tres ó cuatro de nuestros generales y de la parálisis vergonzosa de nuestra justicia militar. Nuestro Sedán moral está perdido, cien veces más desastroso que el otro, aquél en el que no hubo más que sangre vertida. Y, lo repito, lo que me espanta, es que esta ruina de nuestro honor parece irreparable, pues ¿cómo cesar los juicios de otros Consejos de Guerra, donde encontraremos el heroísmo de confesar la falta, para mantener una alta la frente? ¿Dónde está el Gobierno de valor y de salvación pública, dónde están las Cámaras que obrarán, antes del inevitable hundimiento final?

Lo peor es que hemos llegado á un vencimiento de gloria. Francia ha querido festejar un siglo de trabajo, de sangre, de luchas por la libertad, por la verdad y la justicia. No ha habido siglo de esfuerzo más soberbio, como se verá más tarde. Y Francia ha dado cita en su casa á todos los pueblos para glorificar su victoria, la libertad conquistada, la verdad y la justicia prometidas á la tierra. Dentro de algunos meses vendrán los pueblos, y lo que encontrarán, será al inocente condenado dos veces, la verdad abofeteada, la justicia asesinada. Hemos caído en su desprecio, y ellos vendrán á traguear en nuestra casa, beberán nuestros vinos y abrazarán á nuestras criadas como se hace en la posada de mala fama, en la que se permite acometerlas.

¿Es esto posible, es que vamos á aceptar que nuestra Exposición sea lugar despreciado en que el mundo entero se plazca estar de jolgorio? ¡No, no! Necesitamos enseguida el quinto acto de la monstruosa tragedia, aunque debiésemos dejar en él girones de nuestra carne. Necesitamos nuestro honor antes de saludar á los pueblos en una Francia curada y regenerada.

Este quinto acto me estorba, y vuelvo siempre á él, le busco, me lo imagino. ¿Se ha observado que el asunto Dreyfus, este drama gigante que conmueve al universo, parece puesto en escena por algún dramaturgo sublime desesperado de hacer una obra maestra inconmovible?